

Azorín

LIBROS, BUQUINISTAS
Y BIBLIOTECAS

Crónicas de un transeúnte: Madrid-París

Prólogo de

Andrés Trapiello

Edición e introducción de

Francisco Fuster

fórcola

Periplos

Director de la colección: Javier Fórcola
Diseño de cubierta: Silvano Gozzer
Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido
Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:
Bookstalls along the Seine in April 1955. George W. Hales

© Caja de Ahorros del Mediterráneo, 2014
[Ute Körner Literary Agent, S.L.U.]
© Del prólogo, Andrés Trapiello, 2014
© De la edición e introducción,
Francisco Fuster García, 2014
© Fórcola Ediciones, 2014
C/ Querol, 4 - 28033 Madrid
www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-5957-2014
ISBN: 978-84-15174-94-3
Imprime: Sclay Print, S. L.
Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.
Impreso en España, CEE. Printed in Spain

PRÓLOGO

¿Leer, vivir?

Andrés Trapiello

¿LEER, VIVIR? Muchas veces a lo largo de su vida y a lo largo de estas páginas se preguntará lo mismo Azorín: ¿Deja de vivir quien lee, deja de leer quien vive?

Leer es vivir, y no hay vida que se precie de verdadera y plena sin libros. Por tanto, sí, no leer o vivir, sino más bien leer *y* vivir.

Hace cincuenta años no era infrecuente en España esa escena en la que un adulto sorprendía a un niño abismado en la lectura de un libro y le decía, acaso sólo por el gusto de interrumpírsela o por la impaciencia de verlo disfrutando con algo que a él, adulto, le resultaba extraño: «Niño, haz algo».

El índice de analfabetos en España cuando Azorín nació, cuarenta por ciento, era muy superior al de ese tiempo de posguerra que acabamos de evocar. Y sin embargo no era infrecuente hasta 1936 que los pedagogos inculcaran en sus pupilos el amor por los libros, por la lectura. Lo cuenta el mismo Azorín en sus memorias levantinas. Guarda por ello infinita gratitud a su padre, también a los frailes con los que estuvo ocho años interno, y a uno en especial, su preceptor dilecto.

Y de libros y lecturas trata este que ha ido a cosechar en los oceánicos escritos de Azorín el profesor Francisco Fuster. Démosle las gracias, y a su editor. Era éste un libro necesario y es un libro delicioso, claro que sólo para los *happy few* que saben que hay pocas y mejores cosas que hacer en esta vida que leer, y que quien lee suele hacer por el mundo más y mejor que quien no lee, pues a la mayoría de nosotros no nos es dado otro modo de mejorarlo que leer libros y tratar de volverlo así más delicado y sutil.

«Leer y tornar a leer. No hay más remedio. Ése es mi sino», nos confiesa Azorín. Se diría que ese «no hay más remedio» rezuma fatalidad. No se crea. Es sólo gratitud, es más bien un «por suerte ése es mi sino».

Todo en Azorín adquiere categoría de confesión, todo en él queda inscrito en el ámbito de la intimidad y las suyas son siempre confesiones de un pequeño filósofo. Este librito está lleno de ellas. Incluso cuando escribe artículos de costumbres nos da su corazón al desnudo. Sólo hay que saber leer en él.

Encontraremos aquí algunos de estos artículos costumbristas. Las costumbres de los libreros de viejo, eternas, y las costumbres un tanto extravagantes de los libreros de nuevo de su juventud, las costumbres de los impresores (preciosa estampa la de esa imprentilla en un barrio viejo de Madrid) o las de los editores antes de la guerra, franceses o españoles, y, claro, las costumbres inveteradas de los lectores de todas lunas, sus manías y fobias. Muchas de las costumbres de entonces, un siglo después, nos hacen sonreír: qué poco hemos cambiado, a vueltas todavía con el número de los que leen o dejan de leer, de lo que ha de darse a leer a un niño o del mejor modo de leer. Otras nos parecen propias de edades doradas, mitológicas: ah, recuerda él, aquellos años en los que se compraba, por unas monedas, en la Cuesta de Moyano la primera edición del *Fausto* de Goethe (que regaló a Ortega y Gasset), o en la librería de Rico la *Historia abreviada de Port-Royal*, de Juan Racine, o en el Rastro tal o cual maravilla... Basta, decimos nosotros, *où sont les neiges d'antan*.

Pese a la procedencia heterogénea de estos artículos y prólogos, escritos a lo largo de sesenta años, se diría que forman un todo armónico, quiero decir que Fuster *ha escrito* otro libro más de Azorín, uno de los más curiosos y personales suyos. Pues, sí, hay algo en el conjunto que nos recuerda a un autorretrato.

Descubrimos en él, desde luego, a un lector compulsivo que leyó mucho de lo que cayó en sus manos, pero también a ese escritor metódico que no dejó de escribir con puntillismo ejemplar. Al quinto punto de su conocido fraseo ya anda uno embebido en el engaño, como en una fábula.

Ocupémonos del lector. De joven leyó Azorín como los jóvenes, y cuando se hizo viejo, como leen los ancianos: «El joven lo lee todo y de todo aprovecha poco. El anciano lee poco y de lo poco lo aprovecha todo. Con la edad las lecturas se van reduciendo.

Decía un filósofo que lo grave es saber no lo que se ha de leer, sino lo que 'no' ha de ser leído».

¿Y el escritor? De buena parte de lo que leyó nos ha dejado sus impresiones. No ha habido en todo el siglo xx un crítico tan fino como él, si entendemos por crítico aquel que va prendiendo en sus lectores la curiosidad y el entusiasmo. No el que quiere lucirse, sino quien da un paso atrás y deja hablar al verdadero protagonista, el autor de ese libro del que se ocupa. Impagable encontramos esa lista de sus cien libros de cabecera, las generosas inclusiones, las exclusiones significativas. Su criterio para leer es claro: «Nada hay que se parezca más a lo antiguo que lo verdaderamente nuevo. Nada hay tan parecido a lo nuevo como lo verdaderamente malo», dirá, y con esa lección podría uno conducirse por la vida sin temor a equivocarse.

En sus páginas sobre los libros de otros descubrimos lo que piensa Azorín que han de ser los libros, al menos los que él busca, también sin declararlo, los que él querría escribir: criaturas vivas. Lo dice él mucho mejor que lo pueda decir yo: «Los libros chicos, sobre todo –más que los infolios de biblioteca– eran como seres vivos, orgánicos, que nos asistían, nos acompañaban en los viajes, sufrían nuestros enojos, se alegraban de nuestros contentos, agradecían, en fin, que después de la jornada los colocáramos en una mesita, par a un búcaro con flores».





Recuerdo haber leído hace años, dónde, unas líneas de Azorín en las que hablaba acaso de los *Jardinillos* que cuidó JRJ para el editor Jiménez Fraud, ¿o eran de los libritos de Calleja, que también cuidó JRJ y entre los que Azorín tiene unas *Páginas escogidas*, o tal vez fue a propósito de aquella pequeña colección de «La Lectura» donde apareció, junto a *Las florecillas* de San Francisco, *Platero y yo*? No recuerdo dónde, y ya lo siento, amigos editores, porque me habría gustado citarlas aquí tal como él las escribió.

Sí recuerdo que hablaba en ellas del amor que despertaban en él los libros pequeños, pequeñitos decía, exquisitos pero no ostentosos (¿puede ser de otro modo?), sobrios, con papel blanco y tipos escogidos. Parecía estar hablando allí no Azorín, sino Francisco Giner, el maravilloso pedagogo que supo inculcar en los pupilos de su Institución Libre el amor por los libros, por la lectura, el sosiego y la tolerancia.

Tienes en las manos, lector, un libro precioso, un pequeño tesoro. *Tesoro del pajarero*, se titulaba aquel manual clásico que hablaba a los amantes de las aves de cómo cuidarlas, amarlas, favorecerlas. *Tesoro del amante de los libros* podría titularse éste (no sé por qué, encuentra uno un raro parecido entre las palabras bibliómano y bibliópata, antipáticas ambas). En ningún otro confirmarás con mayor puntualidad el viejo adagio: «El que comienza un libro es discípulo de quien lo acaba».

INTRODUCCIÓN

Los libros y/o la vida

Francisco Fuster

Los libros sustituyen a la vida; lo hacen de dos maneras: por *interposición* y por *suplantación*. Examinemos la interposición: el libro se interpone entre la realidad y nuestra sensibilidad, entre el hecho y la comprensión. En un lugar placentero, histórico, dramático, notable, en fin, por algo –paisaje, monumentos, museo, catedral–, apenas entramos en contacto con la realidad, surge el recuerdo del libro, el libro famoso, que ha fijado un aspecto de esa realidad, y que, *velis nolis*, nos la impone. Pasemos a la suplantación: el libro suplantata nuestra personalidad; nos creemos, con la absorción del libro, el libro famoso, una persona distinta de la que somos. Nuestras ideas se desvían; nuestra voluntad se tuerce; surgen el romanticismo, el clasicismo, el modernismo, el intelectualismo, resumen y compendio de todos los *ismos*.

Azorín, Con permiso de los cervantistas (1948)

JOSÉ MARTÍNEZ RUIZ pasó toda su vida rodeado de libros. Desde que vino al mundo un 8 de junio de 1873, el niño que años después se convertiría –previa adopción del apellido de uno de sus personajes como seudónimo– en un reconocidísimo escritor, vivió en un ambiente que, si no determinó de forma irremediable su destino (fue el mayor de nueve hermanos y el único que se dedicó a la literatura), sí debió de influir de manera decisiva a la hora de moldear su carácter y predisponer su ánimo. De hecho, así nos lo dio a entender él mismo en un pasaje de sus *Memorias inmemoriales* (1946) en el que, hablando de su niñez, recuerda una costumbre paterna –la de sentarse todas las noches a leer un rato, antes de cenar– que, sin ninguna duda, tuvo mucho que ver en su temprana afición a la lectura y en su, por entonces todavía muy incipiente, vocación literaria.



A lo largo de su longeva y fecunda existencia, Azorín dejó repartidas aquí y allá, entre las páginas de los periódicos y de sus libros, multitud de reflexiones gracias a las cuales podemos seguir la evolución de la prematura e incurable bibliofilia de la que fue «víctima». Aunque repasarlas todas me resultaría tarea imposible, sí quiero rescatar aquí alguna anécdota que, si no para conocer al personaje en profundidad, sí puede servir, quizá, para que el lector que se adentra

por primera vez en esta faceta de su obra pueda captar rápidamente el alcance de esta pasión azoriniana por el libro y por la lectura.

El punto de arranque del breve repaso que pretendo dar lo voy a situar en uno de los cuentos de Azorín incluidos en *Bohemia* (1897), uno de los primeros libros que publicó. En el relato autobiográfico que da nombre al volumen, subtítulo *Fragmentos de un diario*, el autor nos habla en primera persona de su día a día en el Madrid de fin de siglo, donde el joven Martínez Ruiz llegó —como tantos otros aspirantes a escritor— procedente de la periferia española con la loable intención de hacer realidad el sueño de vivir de la pluma. Como recordó en varios pasajes de sus libros memorialísticos, los primeros pasos en el oficio fueron bastante duros, pues a la dificultad —o más bien, la imposibilidad— de conseguir que los periódicos pagaran sus colaboraciones, se añadía la de tener que administrar los escasos ingresos con los que contaba. Así lo explica en dos entradas de ese diario ficticio en las que confiesa cómo, incluso en esos momentos de escasez y penuria, en los que tuvo que renunciar a casi todo, no se pudo privar de la compañía de un libro:

12 marzo. Como *allí* [en los periódicos] no me dan nada, y además, lo poco que, a fuerza de mil penalidades, me manda mi pobre madre he tenido que gastarlo casi todo en pagar este cuartejo que habito y en comprarme alguna ropa... no me quedan más de quince pesetas para mantenerme durante treinta días. Por lo pronto, lo que voy a hacer es no gastarme un céntimo en nada... ni periódicos, ni revistas, ni libros. Ya sé que esto me será un poco difícil, porque yo soy capaz de quedarme sin comer por comprar un volumen nuevo, pero quitaré la ocasión, es decir, no pasaré por las librerías ni llevaré cuantioso caudal en el bolsillo.

13 marzo. Esta mañana he entrado en una librería a comprar un periódico francés («un periódico no es nada», decía yo). Aprovechando la ocasión, me he puesto a examinar unos libros nuevos, y... ¡lo que temí!, no sé lo que ha pasado por mi cabeza... me he ofuscado... la herencia de mi padre el bibliófilo y de mi abuelo el coleccionista de estampas... El caso es que he salido con dos tomos de cubierta amarilla, olorosos, debajo del brazo. (Ya los he puesto en la lista de libros comprados durante el año.)

Me quedan cinco pesetas*.

La segunda parada en este fugaz recorrido me lleva al que quizá sea uno de los episodios más llamativos en la historia de la relación de Azorín con los libros: un impagable pasaje de *Las confesiones de un pequeño filósofo* (1904). Ahí, en un breve capítulo de esta novela autobiográfica, titulado «Mis aficiones bibliográficas», el protagonista describe con minuciosidad un episodio revelador, acontecido durante una jornada en el Colegio de los Padres Escolapios de Yecla donde, de adolescente, nuestro autor pasó varios años internado como estudiante. La escena es más o menos la siguiente: el maestro, siempre vigilante y represor, se ha ausentado de clase durante un momento. Mientras sus compañeros aprovechan este vacío de autoridad temporal para organizar un pequeño caos, corriendo de un lado

* Azorín, *Obras escogidas*, coord. por Miguel Ángel Lozano Marco, vol. III, Espasa Calpe, Madrid 1998, p. 444.



a otro del aula y subiéndose a los pupitres, el joven Martínez Ruiz prefiere aprovechar ese lapso de libertad para, a pesar de las condiciones, concentrar su atención en un libro cuya lectura le tiene atrapado. En medio de aquel alboroto, logra avanzar alguna página hasta que, de pronto, algo interrumpe bruscamente ese instante de felicidad suprema:

Hace un momento ha salido el maestro; no hay nada comparable en la vida a estos breves y deliciosos respiros que los muchachos tenemos cuando se aleja de nosotros, momentáneamente, este hombre terrible que nos tiene quietos y silenciosos en los bancos. A las posturas violentas de sumisión, a los gestos modosos, suceden repentinamente los movimientos libres, los saltos locos, las caras expansivas. A la inacción letal, sucede la vida plena e inconsciente. Y esta vida, aquí entre nosotros, en esta clase soleada, en este minuto en que está ausente el maestro, consiste en subirnos a los bancos, en golpear los pupitres, en correr desaforadamente de una parte a otra.

Sin embargo, yo no corro, ni golpeo; yo tengo una preocupación terrible. Esta preocupación consiste en ver lo que dice un pequeño libro que guardo en el bolsillo. No puedo ya hacer memoria de quién me lo dio ni cuándo comencé a leerlo, pero sí afirmo que este libro me interesaba profundamente, porque trataba de brujas, de encantamientos, de misteriosas artes mágicas. ¿Tenía la cubierta amarilla? Sí, sí, la tenía: este detalle no se ha desaferrado de mi cerebro.

Y es el caso que yo comienzo a leer este pequeño libro en medio de la formidable batahola de los muchachos enardecidos; nunca he experimentado una delicia tan grande, tan honda, tan intensa como esta lectura... Y de pronto, en este embebecimiento mío, siento que una mano cae sobre el libro

brutalmente; entonces levanto la vista y veo que el bullicio ha cesado y que el maestro me ha arrebatado mi tesoro.

No os diré mi angustia y mi tristeza, ni trataré de encareceros la honda huella que dejan en los espíritus infantiles, para toda la vida, estas transiciones súbitas y brutales del placer al dolor. Desde la fecha de este caso he andado mucho por el mundo, he leído infinitos libros; pero nunca se va de mi cerebro el ansia de esta lectura deliciosa y el amargor cruel de esta interrupción bárbara*.

La última anécdota con la que quiero ilustrar este amor azoriniano a los libros, y en particular a los libros de viejo, tiene lugar en París, donde Azorín viaja en 1918 como enviado especial del diario *ABC* para cubrir los ataques aéreos alemanes en el contexto de la Primera Guerra Mundial. En la primera de las crónicas escritas durante esa estada, luego recogidas en el volumen *París bombardeado* (1919), nuestro autor narra su primera tarde en la capital francesa y su primera salida del hotel en el que se halla hospedado. Una vez más, y pese a que el contexto —una ciudad en la que el despertador de cada mañana es el estruendo provocado por las bombas que caen sin descanso— no es el más propicio para las aventuras, el bibliófilo no puede reprimir sus deseos y, antes que dar un paseo para estirar las piernas, opta por coger el primer taxi disponible e ir en busca de materia prima. Cual adicto necesitado de su particular droga, el organismo de Azorín le pide a su dueño respirar el aire de una librería de lance para llenar sus pulmones y que sus sentidos disfruten a la vez con la vista, el olor, el tacto y hasta casi el gusto de un ejemplar antiguo:

He salido del hotel, por primera vez, a la tarde, después de escribir mi artículo. Ya sabía dónde tenía que ir; el deseo de visitar las librerías me impulsaba vehementemente. ¿Habrá hombre sin una pasión, sin una tendencia, sin una preocupación? La mía son los libros; he de llevar al tanto todo cuanto

* *Ibidem*, vol. I, pp. 576-577.

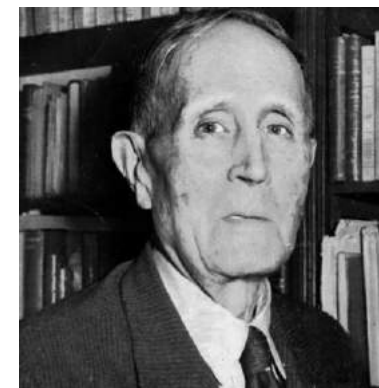
se publica en Francia y en España. No hay mayor gusto, no hay mayor fullería para el espíritu –decía nuestro Gracián– que «un libro nuevo cada día». Pensando en este aforismo, impelido instintivamente, he tomado un automóvil público.

[...] Hemos cruzado el Sena; hemos atravesado una ancha plaza; de pronto, nos detenemos. Veo escaparates repletos de libros, y libros de todas clases, chicos y grandes, con cubiertas de todos los colores, colocados en anaqueles y muestrarios al alcance de la mano. La librería es como un pequeño porche, un lugar abierto en el que los transeúntes entran y salen a su placer, sin saludar, sin decir nada, sin pedir permiso a nadie. La gente circula por entre los montones de libros; toma unos; deja otros; lee un rato; curioseas a su sabor. ¡Qué encanto el de las librerías francesas tan fáciles y libres para todo aficionado a las novedades bibliográficas! Experimento al entrar en ésta una profunda emoción; el alcohólico, ávido de alcohol, y a quien se le introdujera en una espléndida botillería, no sentiría cosa diversa. Aquí están, al alcance de mi mano, las bellas ediciones en tiradas limitadísimas, estampadas en ricos papeles, que no llegan a Madrid. Voy de una parte a otra; tomo y dejo precipitada y nerviosamente los exquisitos y primorosos volúmenes; parece que me va a faltar tiempo para verlos todos, o que se los van a llevar todos antes de que yo los vea. Las encargadas de la tienda, lindas muchachas, sonrían viendo mi precipitación y mi ansiedad*.

Evidentemente, son sólo tres fragmentos aislados, procedentes de tres momentos distintos en la vida de Azorín. Pero, no obstante esta parquedad en los ejemplos, impuesta por la obligación de sintetizar y por la voluntad de no convertir este texto introductorio en un florilegio de citas, espero haber cumplido con mi objetivo: que estas páginas de presentación sean sobre todo una invitación para seguir adelante. Me gustaría que fuese el lector, tanto el azoriniano de pro como el novel que se acerca por primera vez al escritor de Monóvar, quien vaya descubriendo por sí mismo

* Azorín, *París bombardeado/Madrid sentimental*, Alfama, Málaga 2008, pp. 20-21.

los secretos que guarda este *Libros, buquinistas y bibliotecas*; un libro que, leído en su conjunto, y desde mi humilde punto de vista, constituye la más completa y documentada exposición de la personal filosofía de Azorín sobre el libro y la lectura de todas las publicadas hasta la fecha.



De los cincuenta textos –sumando artículos de prensa, prólogos y capítulos de libros– que he seleccionado y editado ex profeso para esta antología no diré nada, pues la forma de razonar de su autor es tan natural y precisa que juzgo innecesario cualquier tipo de escolio o interpretación por mi parte. Insisto en que prefiero que sea cada lector quien disfrute de estas reflexiones azorinianas que cubren casi seis décadas y que, en aras de la coherencia interna del volumen, he optado por agrupar en cuatro grandes bloques, centrados, respectivamente, en todo lo que tiene que ver con la edición y la difusión del libro, en el mundo de las bibliotecas y su variedad, en las librerías de viejo y las ferias del libro y, por último, en el complejo universo del lector y de la lectura. Dentro de cada uno de estos apartados monográficos he dispuesto los textos siguiendo un orden cronológico con la intención de que el lector pueda reconstruir la opinión que Azorín sostuvo sobre cada aspecto de los aquí tratados tal y como aquélla se fue forjando en el tiempo.

Por último, añadir únicamente que todos los textos aquí reunidos comparten una característica común que sirve, o eso al menos he pretendido, como hilo conductor de la antología: partir de la experiencia personal del propio escritor. Todas las reflexiones de *Libros, buquinistas y bibliotecas*, por generales y poco precisas que –en algún caso concreto– nos parezcan, tienen su origen en el contacto directo de nuestro autor con el libro impreso, con el papel y la tinta. Azorín no habla de oídas ni trata cuestiones que le son ajenas; en su caso, la práctica siempre es



anterior a la teoría. Ha hablado con impresores, editores, librerías y con otras gentes de las que participan en el negocio; ha ido formando su biblioteca y ha conocido otras muchas; es un experto en libros viejos y ha estado en librerías de todo tipo; y, por supuesto, ha leído miles de libros (entre ellos, muchos sobre la lectura) y ha compartido sus impresiones con otros lectores antes de formarse una opinión sobre el tema.

Y es que, al margen de la infinidad de comentarios y juicios sobre la bibliofilia azoriniana vertidos durante décadas por la crítica, lo que verdaderamente me genera curiosidad –y espero que al lector le suceda lo mismo– es contrastar las opiniones del propio Azorín sobre su relación personal con los libros. Por eso, cuando ese reconocido bibliófilo que es Javier Jiménez me propuso investigar en esta pasión de Martínez Ruiz –a quien los lectores de *Fórcola* ya conocían*– para ver si descubría algo nuevo, me puse rápidamente a trabajar en una antología que ofreciese al lector actual lo mejor y algo de lo inédito (que no necesariamente son lo mismo) de todo lo escrito por Azorín sobre la materia en los cerca de cinco mil quinientos artículos de prensa que publicó en distintos periódicos de España y Argentina durante sus más de sesenta años de profesión. El resultado de mi trabajo es esta especie de autorretrato de un bibliófilo que, por su contenido íntegra e inequívocamente autobiográfico, bien podría haber sido un tomo más de esas memorias que este insaciable lector nos dejó repartidas en varios volúmenes.

* *Fórcola* Ediciones publicó en 2012 una antología de artículos –muchos de ellos inéditos– de Azorín titulada *¿Qué es la historia? Reflexiones sobre el oficio de historiador*, con edición, introducción y notas de Francisco Fuster.

SOBRE ESTA ANTOLOGÍA

ESTA ANTOLOGÍA está formada íntegramente por transcripciones de las fuentes originales: los periódicos y las revistas de la época donde se publicaron los artículos, y las primeras ediciones de obras de las que he reproducido algún capítulo o fragmento.

Veintitrés de los cincuenta textos aquí reunidos aparecieron por primera vez en algún libro de Azorín, tanto de los publicados por él mismo, como de los volúmenes misceláneos que, bajo su firma y autorización, fueron preparados por terceras personas, amigos personales del escritor. Dos –«El arte de leer» y «Leer y leer»– fueron incluidos en el tomo IX de las *Obras Completas* del monoverense, editadas por Ángel Cruz Rueda y publicadas en nueve volúmenes por la editorial Aguilar, entre 1947 y 1954. El ensayo «Cuales libros, tal España» se publicó en 1952 como prólogo al catálogo de una exposición, y la breve «Nota de libros viejos» forma parte la sección «Papeles de Azorín» del libro de Jorge Campos, *Conversaciones con Azorín* (1964). Por último, tres artículos –«Editores españoles: libros», «Génesis del libro» y «Libros grandes, libros chicos»– se publicaron por primera vez en forma de libro en la antología –hace años descatalogada– preparada por José Payá Bernabé y Magdalena Rigual, *Azorín y los libros* (Caja de Ahorros del Mediterráneo-Dirección General del Libro y Bibliotecas, Madrid 1993), que sirvió como catálogo a la exposición homónima que, con motivo del 25 aniversario de la muerte del escritor alicantino, se celebró en la Casa Municipal de Yecla en mayo de 1993, organizada por el Ministerio de Cultura (Centro de las Letras Españolas), el Ayuntamiento de Monóvar y la Casa-Museo Azorín de Monóvar, bajo el patrocinio de la Caja de Ahorros del Mediterráneo.

El resto de textos –incluyendo casi todos los publicados en el diario argentino *La Prensa*– que integran este *Libros, buquinis-*

tas y bibliotecas, hasta un total de veinte, jamás habían sido reeditados desde su primera aparición en el periódico y, por tanto, se publican ahora por primera vez en forma de libro.

En su *Azorín: guía de la obra completa* (1992), el hispanista E. Inman Fox advertía sobre las particularidades de los artículos de Azorín publicados en la prensa, donde se redacta a menudo con prisa, sin ofrecer al autor la posibilidad de revisar las pruebas, y donde no es infrecuente el error humano de los cajistas españoles –sobre todo durante la primera mitad del siglo xx– que podían modificar involuntariamente el texto o inventarse alguna palabra cuando no lograban descifrarla en el manuscrito del autor. En este sentido, y como es de rigor, he intentado poner el máximo celo a la hora de transcribir los textos para ofrecer al lector una edición seria y cuidada. En relación a la ortografía, y con el ánimo de alterar en lo mínimo el espíritu y la forma del texto salido de la pluma de Azorín, he respetado el original siempre que ha sido posible.

Quiero aprovechar esta nota para dar las gracias públicamente al amable personal de las excelentes Biblioteca Tornquist y Biblioteca Prebisch del Banco Central de la República Argentina, que me facilitó el acceso a los textos de Azorín que aquí he reunido y que fueron publicados originalmente en el periódico *La Prensa* de Buenos Aires. Sin su generosidad y diligencia a la hora de proporcionarme ese material –imposible de encontrar en España– aparecido en aquel histórico diario porteño, este libro no hubiera sido el mismo.

Y, por supuesto, también quiero expresar mi más sincero agradecimiento a José Payá Bernabé, director de la Casa-Museo Azorín de Monóvar, por facilitarnos las gestiones con la Obra Social de Caja Mediterráneo para la cesión de los derechos de autor de los textos de Azorín que forman parte de esta antología. Sin su apoyo incondicional a esta obra desde el primer momento, el libro que el lector sostiene en sus manos no habría pasado de eso: de un simple proyecto.

F. F.

LIBROS, BUQUINISTAS Y BIBLIOTECAS

Crónicas de un transeúnte: Madrid-París

PRÓLOGO, <i>¿Leer, vivir?</i> , por Andrés Trapiello	5
INTRODUCCIÓN, <i>Los libros y/o la vida</i> , por Francisco Fuster	11
SOBRE ESTA ANTOLOGÍA	19

Libros, buquinistas y bibliotecas

SOBRE LA EDICIÓN Y DIFUSIÓN DEL LIBRO	23
El libro: Francia	25
Ediciones clásicas	27
De un transeúnte	30
Meditación ante una imprenta	33
El libro español	38
Editores españoles: libros	43
Editar e imprimir	45
Escribid a máquina: erratas	50
Editores	53
El problema del libro	58
Génesis del libro	60
Cuales libros, tal España	63
SOBRE LAS BIBLIOTECAS	67
En la Biblioteca	69
Bibliotecas particulares	72
Bibliotecas	78
Prólogo	81
En la biblioteca	86
Los libros	90
Libros grandes, libros chicos	94
Arreglo de biblioteca	97
La biblioteca de Don Quijote	101

SOBRE LOS LIBREROS DE VIEJO Y LAS FERIAS DEL LIBRO 105

La feria de los libros	107
Escenas madrileñas: los libreros de viejo	112
Libros, libritos viejos	114
En la feria de los libros	118
De un transeúnte	121
De un transeúnte	125
La vida española: venta de libros	128
La vida española: feria permanente de libros	134
En la feria de libros viejos	140
Letras francesas: <i>Le journal d'un bouquiniste</i>	145
La vida española: paseos de un bibliófilo	150
La feria de los libros	157
Más de la feria de libros	160
Las librerías	164
Los libros	170
Las librerías de lance	173
Nota de libros viejos	177

SOBRE LA LECTURA 181

Una opinión	183
Una revista nueva	186
Grados de la cultura	188
Los libros	191
Libros para el descanso	195
Los encantos de un catálogo	200
Las lecturas infantiles	204
El libro amado: una experiencia	209
El arte de leer	212
Leer y leer	216
La lectura	228
Leer y lectores	230

Esta primera edición de *Libros, buquinistas
y bibliotecas. Crónicas de un transeúnte:
Madrid-París*, se envió a imprenta
el 2 de marzo de 2014, en el cuadragésimo séptimo
aniversario de la muerte de
José Augusto Trinidad Martínez Ruiz,
Azorín.

«Días tristes, pero profundos,
los de Azorín en París.»
Ramón Gómez de la Serna



Exlibris diseñado por Damián Flores
para esta edición.



La fórcola es la parte más rara y hermosa de la góndola
veneciana, realizada en madera, en la que el gondolero apoya
el remo para maniobrar. Una auténtica fórcola se talla,
de forma artesanal, sobre la curvatura natural del árbol,
por eso no hay dos fórcolas iguales.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. En cualquier caso, todos los derechos reservados.